

IV

LA IMAGEN EN LUJÁN

Corriendo el año 1670 falleció el piadoso don Rosendo de Oramas; y como sucede con frecuencia cuando muere un hombre que deja sucesión, se promovieron serias dificultades. Resultado fué de esto que la ermita erigida á Nuestra Señora de la Pura y Limpia Concepción quedara enclavada en campo yermo, convertido en ruinas por haberlo abandonado sus moradores. En medio de la soledad de aquel desierto sólo se alzaba como faro de luz y esperanza la capilla de la Virgen coronada por la cruz bendita.

El heredero, que no debía de ser muy piadoso, cedió la imagen y todos los objetos referentes á su culto á una ilustre matrona, vástago de uno de los primeros pobladores de Buenos Aires, que, agradecida, correspondió con la suma de doscientos pesos.

Llamábase dicha señora doña Ana Mattos, la cual contrajo matrimonio con el sargento mayor D. Marcos de Siqueiros, uno de los vecinos más ricos y respetados de Buenos Aires. En 1643 la señora Mattos enviudó, y como heredera universal de su marido, quedó propietaria de una vasta extensión de terreno en las riberas del río Luján. Al hacerse dueña de la imagen, el primer pensamiento que le ocurrió fué trasladarla á su estancia, temerosa de que fuera sacrílegamente profanada por los salvajes, quienes en aquellos días se alzaban mucho más imponentes, insolentes y atrevidos. Y tal como lo pensó lo puso por obra. Llena de amor y entusiasmo, colocó la bendita efigie en el cuarto más adornado de su casa. El desconsolado Manuel quedó lloran-

do amargamente su desgracia, pues se vió separado de su amada Reina y Soberana.

No refiere la crónica el motivo que tuvo la señora Mattos para no traer consigo al negrito. Esta conducta no se explica, pues cabalmente la referida señora fué la que más ayudó al pobre esclavo para obtener de los tribunales de Buenos Aires lo declararan de propiedad de la Virgen.

Mas los hombres proponen y Dios dispone. Sucedió que, llegada la noche, abandonó la bendita imagen la estancia de doña Ana y trasladóse milagrosamente á su primer puesto en la Cañada de la Cruz. El mismo prodigio volvió á repetirse en el día y noche siguientes. Temiendo la señora ofender á su augusta Patrona, no intentó llevarla más ni sustraerla del cuidado del negro africano.

Sabedores de cuanto pasaba el Sr. obispo de Buenos Aires, Fray Cristóbal de Mancha y Velasco, y el Gobernador D. José Martínez de Salazar, ambos probos, rectos y amantes de la instrucción del pueblo, fueron en persona al lugar de las maravillas; y juzgando ser muy conveniente que la imagen fuese custodiada en la casa de doña Ana para asegurarla de los salvajes, determinaron verificar de nuevo la traslación desde la Cañada de la Cruz con gran pompa y solemnidad, cuidando sobre todo de que el afortunado Manuel los acompañase y prosiguiese luego en el servicio de la Virgen. Así se hizo. Organizóse devotísima procesión, presidida por los dos venerables ancianos, que quisieron recorrer á pie, como toda la comitiva, el largo trayecto de cinco leguas, empleando para ello dos días. La señora Mattos preparó hermosa capilla en la mejor habitación de su casa, en la que el Ilmo. Prelado celebró los divinos oficios y donde por espacio de tres días se hicieron solemnísimas fiestas y cultos religiosos.

La imagen no se movió ya del puesto en que la habían colocado. Desde entonces el culto de la bendita imagen de privado que había sido, empezó á ser público. Los milagros y portentos, dejando de prestar materia á la leyenda, pasaron á ser objeto de la verdadera historia, pues el señor obispo hizo levantar información canónica de ellos con todas las formalidades del derecho; examinó por sí mismo á los testigos, y se convenció de que era verdadero cuanto se había transmitido de padres á hijos en el espacio de cuarenta años. El aparato majestuoso con que se trasladó la imagen y los milagros que se referían de ella contribuyeron de un modo eficaz para que creciera su prestigio.

Doña Ana de Mattos, después de haber construído á sus expensas un oratorio separado de la casa, donde la Virgen permaneció al pie de trece años, cedió una extensión de terreno, para que en él se levantara templo más vasto y suntuoso. Sin demora se abrieron los cimientos del edificio y se colocó la primera piedra; pero la obra avanzó lentamente hasta el año 1682, en el cual un prodigio singular dió á las obras nuevo y poderoso empuje. La historia de este prodigio fué como sigue.

En 1682 llegó el presbítero Pedro de Montalvo gravemente enfermo de una afección cardíaca complicada de tisis pulmonar. Los médicos más hábiles le habían desahuciado; y al ver que la ciencia de los hombres se declaraba impotente, resolvió invocar la piedad divina. Apenas conducido á la puerta del santuario, le sobrevino un síncope que hizo temer se aproximaba la muerte; pero el negrito Manuel le aplicó una de las reliquias que acostumbraba en esas circunstancias, acompañando este acto con fervientes súplicas. Luego, en tono de seguridad, dijo al paciente que tuviera ánimo y creyese que había de sanar perfectamente de su enfermedad. Fué así, que el sacerdote, reanimado, volvió nuevamen-

te en su acuerdo y más tarde recobró de todo punto la salud. Agradecido á merced tan señalada, hizo á la Virgen la promesa de permanecer en aquellos lugares sirviéndole de capellán en su templo.

La fama del milagro con que fué favorecido, el prestigio de que gozaba gracias á sus relaciones de familia, y el puesto distinguido que ocupaba en el clero, fueron factores poderosos para que pudiera reunir en breve tiempo los fondos necesarios; de suerte que vió coronados sus trabajos el año 1685. El día 8 de Diciembre se celebró la primera fiesta solemne en el esbelto santuario de María, que el Sr. obispo elevó luego á categoría de parroquia, siendo el Sr. Montalvo nombrado su primer cura.

Durante veinte años la ermita había carecido de sacerdote que celebrase en ella los santos misterios; sólo el negrito Manuel se encargaba de su aseo y decencia. Otros veinte años vivieron juntos Montalvo y Manuel, empleándose con caridad digna de elogio en rendir culto á la Señora, dar posada á los peregrinos y consolar á los afligidos y apenados.

Llególe al negrito Manuel la hora de su descanso, y tal fué su muerte cual había sido su vida. Entregado al servicio de la santa imagen, practicó las virtudes cristianas y se ejercitó en grandes asperezas bajo la dirección de su colega en custodiar el santuario, el Sr. Montalvo. De este modo fué disponiéndose para la santa y envidiable muerte que le otorgó su celestial Señora; pues, estando en el lecho del dolor, fué favorecido con la presencia de su amada Soberana, quien le anunció moriría el viernes próximo, para subir el sábado inmediato á gozar de los gozos inefables del cielo. Así debió suceder; pues alma tan pura, más blanca que la nieve, aunque encerrada en cuerpo negro, debía volar al cielo para cantar con los ángeles las glorias de la celestial Reina y Emperatriz, María.

Al rededor del templo fueron edificando ranchos y chozas y algunas casas más ó menos acomodadas, ya los operarios que trabajaban en la fábrica, ya otros devotos favorecidos por María, que resolvieron vivir siempre bajo el amparo de tan buena Madre. Tal es el origen de la Villa de Luján. Pueblo verdaderamente feliz si sabe ser fiel á sus destinos; nació á la sombra de María, y á María debe siempre venerar y obsequiar como á su Reina y Soberana, y dar á todo el mundo testimonio de las grandezas y excelencias de María.

V

EL ACTUAL SANTUARIO

El santuario en que actualmente se venera á Nuestra Señora de Luján empezó á construirse el 24 de Agosto de 1754, por la iniciativa del joven párroco D. Carlos José de Bejarano. Muchos obstáculos se atravesaron de por medio para impedir que se realizase esta obra grandiosa. El buen sacerdote estaba á punto de abandonar su proyecto, desesperanzado de poder orillar tantas dificultades, cuando la Providencia le deparó un hábil instrumento.

Era éste un notable y distinguido español, hijo de Vizcaya, llamado D. Juan de Lezica y Tonezuri, varón justo y piadoso, á quien había robado el corazón la Virgen de Luján con una serie de prodigios. Nacido de ilustre alcurnia, católico de creencias arraigadas, se dedicaba al comercio, y había recorrido la América, desde el Ecuador hasta Buenos Aires, adquiriendo cuantiosa fortuna. Aunque se había casado en Lima, tuvo que fijar su residencia en Buenos Aires, á causa de cierta gravísima enfermedad que le acometió. Después de sufrir por espacio de once meses; y cuando la cien-

cia médica desesperaba de curarle, se acordó de la Virgen de Luján. Hizose trasladar al santuario, y llegó al pie del trono de María en alas de su profunda fe. Comenzó á rezar el novenario que había ofrecido, uniendo á esta medicina espiritual la bebida del agua de un manantial inmediato á la capilla, que aún existe, y el frotarse con el aceite de la lámpara de la Virgen. Por estos medios se restableció totalmente de su dolencia y quedó agradecidísimo á su insigne bienhechora. Empero once años más tarde tornó á renovársele la enfermedad, y volvió á buscar el remedio en el santuario bien persuadido ahora de que había de llenar una misión providencial. Era precisamente cuando el señor cura Bejarano sentía apagarse sus entusiasmos para edificar un templo digno de la Reina del cielo, por no encontrar quién le ayudara.

Don Juan de Lezica y Tonezuri adquirió un plano, se aconsejó de dos arquitectos inteligentes, y puso manos á la obra. Iniciados los trabajos, todos compitieron en celo á fin de que progresasen y viniesen á feliz término. El Prelado, las autoridades, los ricos contribuían con fuertes dádivas, los pobres con su cornadillo y con la fuerza de sus brazos.

El 8 de Diciembre de 1763, fiesta de la Purísima Concepción, se inauguró el templo con inusitada pompa. Hubo regocijos populares extraordinarios; porque el noble vizcaíno no se había contentado con levantar el santuario, sino que había reformado el pueblo y había conseguido con su influjo que el rey de España, Fernando VI, le confiriese el título de Villa de Nuestra Señora de Luján.

El santuario era indudablemente el templo más hermoso de toda la campaña de la Provincia, dice el P. Salvaire, el erudito y sabio historiador de Nuestra Señora de Luján. Sin embargo, el viajero moderno lo

encuentra sobrado sencillo y sin ningún atractivo arquitectónico. La fachada obedece á un orden combinado romano-bizantino. Está formada por tres cuerpos verticales, divididos á su vez con otros tres horizontales, separados éstos entre sí por anchas cornisas y molduras. En el segundo de estos cuerpos horizontales se divisa una estatua de cuerpo entero de la Inmaculada Concepción.

La Iglesia es de una sola nave, angosta y algo oscura. Mide desde el cancel de la entrada hasta el altar mayor 48'50 metros, siendo la anchura de 8'25 metros, fuera del espesor de las pilastras. Tiene un pequeño crucero, y en la intersección de sus arcos se levanta la airosa cúpula en forma de media naranja. De los diez altares que la adornan, sólo en el mayor, que es ciertamente monumental, resplandece verdadero gusto artístico. En su centro campea el nicho de la Santísima Virgen, cubierto con cristal y velo, que se corre en las festividades de la Señora.

De ordinario se debe venerar la imagen en el camarín, el cual es relativamente pequeño, de forma circular y de una longitud que tal vez no alcanza á cinco metros. La efigie de Nuestra Señora de Luján, como hemos dicho al principio, es pequeña; su altura, desde los pies hasta la coronilla de la cabeza, no mide siquiera 418 milímetros. Está fabricada de barro cocido, del mismo que se usaba en el siglo XVII para objetos del uso diario de los hogares. Es de bulto y de una sola pieza, es decir, que forma un todo con el pedestal, que consiste en grupo de nubes, entre las cuales aparece la media luna, símbolo de la Inmaculada Concepción, y cuatro cabezas de ángeles con alas desplegadas. Tanto el rostro de la Virgen, como los ángeles, son perfectos y revelan que el artista estuvo inspirado. Tiene el rostro ovalado, el color moreno y el pelo negro, lo que está en armonía

con el tipo de la raza de que nació María. Hay en él un conjunto de dignidad y dulzura, que roba las miradas y los corazones de cuantos la contemplan. Sus ojos honestísimos parece que siguen al devoto á donde quiera que se mueve en el camarín, clavándole saetas de amor. La imagen salió de las manos del artífice vestida con ropaje del mismo barro cocido. Viste túnica roja y manto azul tachonado con estrellas plateadas. Ahora se la viste con telas preciosas. La túnica es de color blanco, y el manto azul, todo con admirable riqueza de dibujos y bordados. Es inmensamente rica en alhajas; perlas, brillantes; de suerte que quizás no haya en el orbe católico otra imagen más lujosamente ataviada. Imposible enumerar las joyas de oro y plata y las piedras preciosas que guarda en su tesoro.

Las ofrendas traídas por sus devotos á la Virgen de Luján no pueden contarse. El altar mayor en toda su altura, los muros del camarín, los pasillos, las columnas, todo está cubierto de presentallas de oro y plata arreglado simétricamente.

«Además de estas ofrendas visibles, dice el historiador D. Luis Varela, los sacerdotes guardianes del templo conservan en los armarios exvotos de plata que pueden pesarse por toneladas, los de oro por quintales, y las piedras preciosas por libras».

Para la confección de la custodia se entregaron al artista nueve kilos de oro y diez mil piedras preciosas y á la casa de moneda de Buenos Aires para la lámpara votiva, trescientos kilogramos de plata.

Añádanse á esto las ofrendas de los pobres. Allí se ven las muletas de los tullidos, objetos de cera, buques, etc.; cada uno de los cuales encierra un episodio amoroso de la vida de un mortal y publica con mucha elocuencia las bondades de Nuestra Señora de Luján.

VI

LA CORONACIÓN

En 1871 llegaba á la Argentina un joven y vigoroso sacerdote de la Congregación de la Misión de San Vicente de Paúl, llamado D. Jorge María Salvaire. En ese mismo año se desarrolló en Buenos Aires la terrible epidemia de la fiebre amarilla, que llenó de espanto á los moradores de la ciudad cosmopolita por excelencia. La hoz de la muerte segaba á centenares de existencias preciosas. Para conjurar el mal se organizó la primera romería nacional al santuario de Nuestra Señora de Luján.

Tan eficaz fué el remedio que la justicia de Dios se dió por aplacada y cesó como por ensalmo el tremendo azote. En esa romería tomó parte el R. P. Salvaire, y quedó tan enamorado de la Señora, que presintió había de ser infatigable propagador de su culto. Después de haber dado fructuosísimas misiones en diversas diócesis de la República, fué nombrado vicario de la parroquia de Luján, y después, cura y capellán. Consagró su vida y sus fuerzas á propagar la saludable devoción de la Reina del cielo.

Para realizar con más eficacia dicho fin, dedicóse al estudio, sacudiendo el polvo de los libros en las bibliotecas y revolviendo el archivo. Fruto de sus desvelos y de los sudores que derramó sobre los libros, fué la *Historia de Nuestra Señora de Luján*, que publicó en dos gruesos volúmenes los años 1882 y 1883, obra que descubre bien los conocimientos críticos y literarios del autor y que puede considerarse como el monumento más importante de cuantos los devotos hayan ofrecido á la Virgen de Luján, y más tarde fundó una revista titulada

La Perla del Plata, dedicada á referir las maravillas obradas por la Señora, sus fiestas, las peregrinaciones, y á extender justamente su culto. Este benemérito religioso promovió la idea de coronar solemnemente, á nombre del Romano Pontífice, la imagen tan querida de los argentinos, paraguayos y uruguayos, como otras célebres imágenes del orbe cristiano.

Al efecto, los obispos de las tres Repúblicas elevaron á la Santa Sede respetuosa petición. En ella recuerdan que María Inmaculada, que ha sido siempre el baluarte de la Iglesia, lo es señaladamente en la época moderna; por eso el Vicario de Cristo ha dirigido tantas Encíclicas recomendando el rezo del Santísimo Rosario. Piden que sea coronada la bienaventurada Virgen de Luján, en cuyo materno regazo la familia argentina encontró siempre seguro asilo en todas las circunstancias adversas de su existencia, y de cuyas manos invariablemente amigas y propicias ha recibido tan espléndidos favores.

Comisionaron al R. P. Salvaire para que depusiera á los pies del Santo Padre esta solicitud juntamente con un ejemplar de la historia, escrita por él mismo, donde se encontrarían los documentos que acreditasen ser la milagrosa imagen digna de recibir la corona solicitada.

La petición fué favorablemente atendida y despachada; y por Breve de 1 de Octubre de 1886, el inmortal León XIII facultó al Arzobispo de Buenos Aires, Dr. D. León Federico Arneyros, para que á nombre suyo coronase la santa imagen. La augusta ceremonia se verificó el 8 de Mayo de 1887. En ese día la villa y el santuario aparecieron engalanados; todo era fiesta y regocijo. Millares de peregrinos con el rostro radiante de alegría acudieron á presenciar el triunfo de María, cuando el Ilmo. Sr. Arneyros colocaba sobre su efigie la preciosa corona que el mismo León XIII había bendecido.

No fué esto sólo. El mismo Sumo Pontífice otorgó con su autoridad suprema la gracia de confirmar la advocación de Nuestra Señora de Luján, concediéndole oficio propio, que debe rezarse con rito doble de segunda clase y octava, y asignó en Breve de 18 de Noviembre de 1886 para su fiesta el domingo cuarto después de Pascua. Aún se celebra fiesta solemne el día ocho de Diciembre, en recuerdo de que representa la Inmaculada Concepción.

VII

EL TEMPLO EN CONSTRUCCIÓN

En 1889 el infatigable P. Salvaire era nombrado cura de la Villa de Luján, y al momento acarició el proyecto de levantar un templo majestuoso á la Imagen milagrosa. Como varón de energía y empresa, empezó la magna obra, que será una de las iglesias más bellas que la Virgen María tenga en América. El ingeniero D. Ulrico Courtois, autor de los planos de la Basílica y director de los trabajos, en un interesante artículo publicado en la Revista *La Biblioteca* de Buenos Aires, hace esta descripción.

«La Basílica de Luján, por su disposición general, por sus grandes líneas y sus detalles, es un monumento del siglo XIII, de estilo ojival primario. Sus dimensiones la colocan entre los edificios más importantes de su género, si no á la cabeza, á lo menos en buena fila.

	Metros
Longitud total.	115
» del crucero.	63
Anchura de la nave principal.	13
» de cada nave lateral.	6,45

Anchura del frente (exterior).	43
Altura interior de la nave principal.	30
» de las cuatro torres que flanquean el crucero, sin las flechas.	45
Altura de las torres del frente sin las flechas.	64
» de las dos torres del frente con las flechas.	110
Número de capillas.	25
Santuario de la Virgen.	1

Ocupando toda la parte principal del ábside, que corresponde al coro de la viejas catedrales, se eleva el santuario de la Virgen, al que dan acceso dos escaleras de mármol de Córdoba.

El altar mayor se levantará apoyado contra la pared bajo el santuario, arrojando hasta 22 metros de altura la escalonada selva de sus pináculos góticos, en medio de los cuales se divisará la imagen de Nuestra Señora de Luján, rodeada con la esplendente aureola formada por los centenares de luces de los candelabros.

Debajo del santuario irá la sacristía principal colocada, por consiguiente, detrás del altar mayor: vense á su alrededor los arcos agudos de la nave lateral y de las capillas pentagonales del ábside.

Un *triforium* (trifolio) de arcadas simples, sobre columnas de mármol blanco, tratado en el estilo de los primeros años del siglo XIII, corre encima de las bóvedas de las naves menores, y está destinado á servir de tribuna galería: las escaleras de acceso se hallan en las torres que flanquean el crucero.

Debe recordarse además la existencia de una *cripta*, algo reñida con las costumbres del siglo XIII, pero admisible, en suma, y de cuyo empleo tenemos ejemplo célebre en la magnífica catedral de Bourges.

Séanos permitido resumir en rápido bosquejo los rasgos salientes de la Basílica en construcción: al exterior